

H102 - (03)

12 c.

*Traducción de*  
SONIA TANCREDI

ROBERT L. HEILBRONER

La formación  
de la  
sociedad económica



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO - BUENOS AIRES

Primera edición en inglés, 1962  
Primera edición en español, 1964  
Segunda edición en español, 1966

A

PETER L. BERNSTEIN

La edición original de esta obra fue registrada por  
Prentice Hall, Inc., Englewood Cliffs, N. J., con el  
título de *The Making of Economic Society*

Derechos reservados conforme a la ley  
© 1964, Fondo de Cultura Económica  
Av. de la Universidad, 975 - México 12, D. F.

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

## I. EL PROBLEMA ECONÓMICO

UNA Y otra vez se ha dicho que no sólo de pan vive el hombre. En efecto, cuando reflexionamos acerca del espectacular desfile de lo que generalmente se llama "historia", la humilde cuestión del alimento pasa casi inadvertida. El poder y la gloria, la fe y el fanatismo, las ideas e ideologías, son aquellos aspectos de la crónica humana que llenan las páginas de los libros de historia. Si la simple búsqueda de alimentos constituye una fuerza motriz en el destino humano, este hecho se halla bien oculto detrás de lo que un filósofo e historiador ha llamado "esa historia de crimen internacional y de asesinatos en masa que se ha anunciado como la historia de la humanidad".<sup>1</sup>

Es evidente que el hombre no puede vivir sin pan. Al igual que todos los otros seres vivientes y según la más imperiosa regla para la continuación de la existencia, el ser humano debe alimentarse y este primer requisito previo es menos evidente de lo que parece a primera vista, porque el organismo humano no constituye, en sí mismo, un mecanismo de elevada eficiencia para la supervivencia. Por cada cien calorías que consume en forma de alimentos, puede rendir sólo unas veinte calorías de energía mecánica. A base de una dieta razonable, el hombre sólo puede producir aproximadamente un caballo de potencia-hora de trabajo diario y con eso tiene que renovar las fuerzas de su cuerpo agotado. Con lo que le sobra, le está permitido edificar una civilización.

Hay muchos países en los que la duración mínima de la vida humana no está, ni con mucho, asegurada. En los vastos continentes de Asia y África, en el Cercano Oriente y aún en algunos países de la América del Sur, la simple supervivencia constituye el problema a que se enfrenta la humanidad. En nuestra era, millones de seres humanos han muerto de hambre o desnutrición, igual que han muerto incontables cientos de millones en el pasado. Hay naciones enteras que poseen una aguda conciencia de lo que significa hacer frente al hambre como parte integrante de su vida ordinaria: se ha dicho, por ejemplo, que el *fellah* egipcio nunca llega a enterarse de lo que es tener el estómago lleno, desde el día en que nace hasta el día en que muere. En muchos de los países llamados subdesarrollados el lapso de vida del promedio de las personas es menor que la mitad del nuestro. No hace muchos años, un demógrafo indio hizo el espeluznante cálculo que sigue: de un grupo integrado por

<sup>1</sup> Karl Popper: *The Open Society and its Enemies*, 3ª edición. (Londres: Routledge & Kegan Paul, Ltd., 1957), II, 270.

cien niños asiáticos y cien niños estadounidenses, habrá más estadounidenses vivos a la edad de sesenta y cinco años que indios vivos a la edad de cinco años. Las estadísticas no de la vida sino de muertes prematuras en la mayor parte del mundo son abrumadoras y aplastantes.

### *El individuo y la sociedad*

Para la mayoría de los estadounidenses es probable que estas reflexiones resulten trágicas, aunque lejanas. Ninguno de nosotros se da cuenta, aunque sea remotamente, de lo que es la lucha por la existencia en un nivel parecido al de vida o muerte. La posibilidad de que nosotros mismos experimentásemos severas necesidades, de que alguna vez sufriésemos en nuestros propios cuerpos los tormentos del hambre que soporta un aldeano indio o un peón boliviano, es un pensamiento que difícilmente podríamos llegar a considerar seriamente.

A menos que se produjera una guerra catastrófica, es muy poco probable que alguno de nosotros llegue a saber jamás el significado verdadero de la lucha por la existencia. Sin embargo, aun dentro de nuestra próspera y segura sociedad, queda —a pesar de que su presencia pasa inadvertida— un aspecto de la incertidumbre de la vida, una advertencia del problema subyacente de la supervivencia. *Este es: nuestro desamparo como individuos económicos.*

Resulta curioso observar el hecho de que a medida que nos alejamos de los pueblos paupérrimos del mundo —en los cuales el ser humano araña con sus escasas calorías de energía para sacar simplemente su propia subsistencia—, encontramos que la inseguridad económica del individuo se multiplica muchas veces. El solitario esquimal, el bosquimano, el indonesio o el nigeriano, abandonados a sus propios recursos, sobrevivirán un tiempo considerable. Si viven cerca de tierras de cultivo o de animales para cazar, los pueblos de nivel de vida más bajo de todo el mundo pueden mantenerse vivos —al menos durante una temporada— casi sin ninguna ayuda. Dentro de una comunidad formada por tan sólo unas cuantas centenas de individuos, pueden vivir indefinidamente. En efecto, un gran porcentaje de la raza humana vive hoy en día precisamente de esa manera: en pequeñas comunidades de labriegos, que prácticamente se bastan a sí mismas y que atienden a su propia manutención con sólo un contacto mínimo con el mundo exterior. Esta gran mayoría de la humanidad sufre una enorme pobreza, pero al mismo tiempo disfruta de una cierta independencia económica. De no ser por esto último, hace siglos que hubiera sido eliminada.

Por otra parte, cuando volvemos la mirada hacia el neoyorquino o el habitante de Chicago, nos impresiona encontrar la

situación exactamente opuesta: en ellos predomina la comodidad de la vida material acompañada al mismo tiempo de una extremada *dependencia* del individuo en su búsqueda de medios de existencia. En las grandes áreas metropolitanas donde vive la mayoría de los estadounidenses, no podemos ya toparnos con el individuo solitario o con la pequeña comunidad superviviente, sino tan sólo con almacenes dedicados al lucro y tiendas de alimentos y artículos de primera necesidad. La inmensa mayoría de los estadounidenses nunca han cultivado alimentos, ni cazado animales, ni criado ganado, ni han molido el grano para hacer harina y ni siquiera han amasado harina para hacer pan. Si se enfrentaran a la exigencia de tener que hacer su ropa o construir sus propias casas, se encontrarían desesperadamente inexpertos y desprevenidos. Aun para llevar a cabo reparaciones insignificantes en las máquinas de que están rodeados, se ven obligados a recurrir a otros miembros de la comunidad cuyo negocio es arreglar automóviles o reparar cañerías o lo que se necesite. Tal vez resulte paradójico que mientras más rica es una nación es también más evidente la ineptitud del promedio de sus habitantes para sobrevivir solos y sin ayuda.

Sobrevivimos en las naciones ricas porque las tareas que no podemos hacer por nosotros mismos, las ejecuta por nosotros un verdadero ejército de otros individuos a los cuales llamamos para pedir ayuda. Si no podemos cultivar alimentos, los podemos comprar; si no podemos satisfacer nuestras propias necesidades, podemos en cambio contratar los servicios de otros que sí están capacitados para hacerlo. Esta enorme *división del trabajo* aumenta nuestra capacidad millares de veces, porque nos permite beneficiarnos de la habilidad de otros hombres así como de la propia.

Junto con esta ganancia incalculable se presenta un cierto riesgo. Por ejemplo, resulta tranquilizador el pensamiento de que dependemos de los servicios de sólo 180 000 hombres —menos de una de cada trescientas personas que trabajan en la nación— para abastecernos del producto básico carbón. Un número aún menor de trabajadores —menos de 75 000— tienen sobre sus hombros la operación del equipo locomotriz que transporta toda la carga ferroviaria y servicio de pasajeros de la nación. Todavía un número menor —inferior a 15 000— constituye la tripulación total de pilotos y navegantes con que cuenta nuestra aviación comercial. Una falla de cualquiera de estos pequeñísimos grupos en el desempeño de sus funciones nos dejaría cojos: en el caso de los pilotos de aviación la cojera sería leve; en el caso de los ingenieros de locomoción sería grave; en el caso de los mineros del carbón podría ser desastrosa. Como sabemos, al enfrentarnos de vez en cuando con una huelga importante toda nuestra maquinaria económica puede tambalearse

debido a que un grupo estratégico cesa de realizar sus tareas acostumbradas.

Junto con la abundancia en la existencia material se esconde una vulnerabilidad: nuestra abundancia está asegurada sólo mientras se pueda contar con la cooperación organizada de enormes ejércitos de personas. Ciertamente, la continuación de nuestra existencia como nación rica depende de la previa condición tácita de que el mecanismo de la organización social mantenga su funcionamiento efectivo. *Somos ricos no como individuos sino como miembros de una sociedad rica; pero nuestra cómoda suposición de que somos suficientes en el plano material no es de hecho más confiable que los vínculos que nos integran dentro de un todo social.*

#### *Economía, escasez y organización social*

El problema de cómo las sociedades forjan y mantienen los vínculos que garantizan su supervivencia material, es el problema básico de la economía.

Muy poco es lo que sabemos acerca de cómo se constituyeron esos vínculos. En el transcurso de la historia el hombre aparece como miembro de un grupo y, en cuanto tal, como el beneficiario de una rudimentaria división del trabajo. Pero vale la pena mencionar que ni siquiera su más sencilla cooperación familiar se realiza instintivamente, como es el caso en las comunidades de insectos o de otros animales, sino que debe apoyarse en la magia y el tabú y sostenerse por medio de leyes y tradiciones más o menos represivas.

Entonces encontramos un hecho bastante extraño: el hombre y no la naturaleza es la fuente de la mayoría de nuestros problemas económicos. Sin duda alguna, el problema económico en sí —esto es, la necesidad de luchar por la existencia— deriva en última instancia de la escasez de la naturaleza. Si no hubiera escasez, los bienes serían tan libres como el aire y la economía cesaría de existir al menos como expresión de una preocupación social.

Y aun cuando es cierto que la escasez de la naturaleza prepara el escenario para el problema económico, ella no determina, sin embargo, las únicas limitaciones contra las que los hombres tienen que luchar. Porque la escasez, como condición experimentada por el ser humano, no es únicamente una falla de la naturaleza. Por ejemplo, si los estadounidenses del momento actual se conformaran con vivir al nivel de los campesinos mexicanos, todas nuestras necesidades materiales quedarían íntegramente satisfechas con tan sólo una o dos horas de trabajo diario. Experimentaríamos poca o ninguna escasez y nuestros problemas económicos desaparecerían virtualmente. En lugar de

eso, encontramos en los Estados Unidos —y realmente en todas las sociedades industriales—, que el nivel de las necesidades humanas ha crecido en la misma proporción en la que ha aumentado la habilidad del hombre para hacer que la naturaleza rinda más. De hecho, en sociedades como la nuestra en las que la posición social relativa tiene una conexión importante con la posesión de bienes materiales, encontramos a menudo que la “escasez” como estímulo y como experiencia psicológica se vuelve más pronunciada a medida que nos hacemos más ricos: nuestros deseos de apoderarnos de los frutos de la naturaleza se acrecientan más rápidamente que nuestra habilidad para producir bienes.

De este modo, las necesidades que la naturaleza debe satisfacer no son en modo alguno fijas, mientras que a su vez, el rendimiento de la propia naturaleza no es constante, sino que presenta amplias variaciones según el empleo social que se dé a la energía y destreza humanas. Por lo tanto, la escasez no se puede atribuir sólo a la naturaleza sino también a la “naturaleza humana”. Y la economía se ocupa en última instancia, no sólo de la mezquindad del medio ambiente físico, sino que estudia igualmente los anhelos del temperamento humano.

Como consecuencia, debemos comenzar un análisis sistemático de la economía enfocando individualmente las funciones que la organización social debe ejecutar para colocar a la naturaleza humana dentro del redil de la sociedad. Y al dirigir nuestra atención hacia este problema fundamental, rápidamente nos damos cuenta de que implica solucionar dos tareas diferentes, aunque relacionadas entre sí:

1. Una sociedad debe organizar un sistema destinado a producir los bienes y servicios que necesita para perpetuarse a sí misma.

2. Debe coordinar una distribución adecuada de los bienes que produce entre sus propios miembros, a fin de que haya cabida para el aumento de la producción.

Estas dos tareas básicas para la continuidad económica son a primera vista muy simples. Pero esta simplicidad es aparente. Como veremos, gran parte de la historia económica se ocupa de aquellos medios de que se han valido diferentes sociedades para solucionar estos problemas elementales y lo que nos sorprende al revisar estos ensayos, es el hecho de que la mayoría de ellos fracasaron en parte. (No pudieron haber sido fracasos totales porque en ese caso la sociedad no habría sobrevivido.) Por lo tanto, nos corresponde examinar más cuidadosamente los dos objetivos económicos fundamentales para descubrir cuáles son las dificultades ocultas que puedan encerrar.

*El problema de la producción*

¿Cuál es la dificultad que plantea el problema económico? ¿Cuáles son los obstáculos que la sociedad encuentra para organizar un sistema de producción de los bienes y servicios que necesita?

Puesto que la naturaleza es generalmente avara, parecería que el problema de la producción es esencialmente de ingeniería o de eficiencia técnica. Nos daría la impresión de que gira alrededor del esfuerzo para economizar, para evitar desperdicio y para aplicar el esfuerzo social en la forma más eficaz posible.

Ésta es ciertamente una tarea importante para cualquier sociedad y una gran parte del pensamiento económico esencial está consagrado, como su nombre lo indica, a economizar. Sin embargo, ésta no es la médula del problema de la producción. Mucho antes de que una sociedad pueda siquiera comenzar a preocuparse por emplear "económicamente" sus energías, debe primero ordenar las energías con que cuenta para llevar a cabo el proceso de la producción en sí. Es decir, *el problema básico de la producción consiste en la planeación de instituciones sociales capaces de movilizar la energía humana hacia fines productivos.*

Este requisito básico no se logra siempre tan fácilmente. Por ejemplo, en los Estados Unidos, en 1933, las energías de aproximadamente trece millones de personas —la cuarta parte de la fuerza de trabajo del país— no estaban dirigidas hacia el proceso de producción. Aun cuando estos hombres y mujeres sin empleo estaban ansiosos por trabajar, a pesar de que había fábricas vacías donde ellos podían trabajar y aunque existían necesidades perentorias, de alguna manera se había producido un derrumbe terrible y desconcertante que desvió el proceso de producción y trajo como resultado que toda una tercera parte de lo que fue nuestra anterior producción anual de bienes y servicios simplemente desapareciera.

Los Estados Unidos no son, de ninguna manera, el único país que a veces ha fracasado en la tarea de encontrar trabajo para trabajadores dispuestos a trabajar. En naciones más pobres, en donde la producción se necesita con la mayor urgencia, encontramos frecuentemente que la desocupación constituye una situación crónica. Las calles de las ciudades asiáticas están atestadas de gente que no puede encontrar trabajo. Pero tampoco ésta es una condición impuesta por la escasez de la naturaleza. Hay, después de todo, una infinita cantidad de trabajo por hacer, aun cuando fuese solamente limpiar las inmundas calles o reparar las casas de los pobres o construir carreteras o plantar árboles en los bosques. No obstante, lo que falta aparentemente es un mecanismo social para poner a trabajar a los desocupados.

Ambos ejemplos nos indican que el problema de la producción

no es solamente —y tal vez ni siquiera primordialmente— una lucha física y técnica con la naturaleza. De los aspectos del problema referentes a la "escasez", depende la velocidad con la que una nación puede hacer planes para el futuro y el nivel de bienestar que puede alcanzar mediante un determinado esfuerzo. Pero la movilización inicial del esfuerzo productivo en sí, constituye un desafío a su organización social y del éxito o fracaso de esa organización social dependerá el volumen del esfuerzo humano que pueda ser dirigido hacia la naturaleza.

Dar empleo a los hombres no es más que el primer paso en la solución del problema de producción. No sólo hay que poner a trabajar a los hombres, sino que se les debe asignar *a las labores adecuadas*. Ellos tienen que producir los bienes y servicios que la sociedad necesita. Además de asegurar una cantidad suficientemente grande de esfuerzo social, las instituciones económicas de la sociedad deben también procurar la *asignación adecuada de ese esfuerzo social*.

En una nación como la India o el Brasil, en donde la gran mayoría de la población nace en aldeas campesinas y crece para ser agricultora, la solución a este problema no ofrece mayores dificultades. Las demandas básicas de la sociedad —alimentos y fibras para ropa— son precisamente aquellos bienes que la población campesina produce en forma "natural". Pero en una sociedad industrial, la distribución adecuada del esfuerzo se convierte en una tarea enormemente complicada. Los habitantes de los Estados Unidos demandan mucho más que pan y algodón. Necesita, por ejemplo, automóviles. No obstante, nadie produce en forma "natural" un automóvil. Por el contrario, para producirlo, deben ejecutarse una extraordinaria variedad de tareas específicas. Unos deben fabricar acero. Otros deben obtener caucho. Todavía otros tienen que coordinar el proceso mismo del ensamblado. Y ésta no es más que una muestra insignificante de las labores tan poco "naturales" que se han de llevar a cabo para fabricar un automóvil.

En lo referente a la movilización de su esfuerzo productivo total, la sociedad no siempre logra distribuir sus esfuerzos apropiadamente. Por ejemplo, puede fabricar demasiados autos o demasiados pocos. Lo que es más importante aún, puede dedicar sus energías a la producción de artículos de lujo, mientras que la mayoría de sus miembros se mueren de hambre. O puede, inclusive, llegar al desastre por una incapacidad para canalizar sus fuerzas productivas hacia áreas de importancia capital. A principios de la década que comenzó en 1950, por ejemplo, los ingleses estuvieron al borde de un colapso económico porque no pudieron lograr que sus trabajadores de las minas de carbón produjesen lo suficiente.

Tales fallas en la asignación del esfuerzo pueden afectar el

problema de la producción tan seriamente como la no movilización de la cantidad adecuada de esfuerzo, puesto que una sociedad viable debe no solamente producir bienes, sino que éstos han de ser los bienes *apropiados*. Y la cuestión de la asignación nos lleva a una conclusión todavía más extensa. Nos muestra que el acto productivo —en sí mismo y por sí solo— no llena completamente los requisitos de la supervivencia. Una vez que ha producido suficiente cantidad de bienes adecuados, entonces es cuando la sociedad tiene que *distribuir* esos bienes para que el proceso de producción pueda continuar.

### *El problema de la distribución*

Una vez más, en el caso del campesino que se alimenta a sí mismo y alimenta a su familia con el producto de su propia cosecha, este requerimiento de una distribución adecuada puede parecer bastante simple. Pero cuando nos remontamos más allá de los niveles arcaicos de la sociedad, el problema no es siempre tan fácil de resolver. En muchas de las naciones más pobres del Oriente y del Sur, los obreros urbanos han sido a menudo incapaces de rendir su diario —hora de trabajo— caballo de fuerza porque la sociedad no les ha dado la cantidad de productos suficiente como para que sus máquinas humanas rindan según su capacidad. Peor aún, se han consumido con frecuencia en el trabajo mientras los graneros estaban repletos de cereales y la clase acomodada se quejaba de la contumaz "holgazanería" de las masas. Por otra parte, el mecanismo de distribución puede fallar porque las remuneraciones que se pagan no logran persuadir a la gente de que lleve a cabo las tareas que le corresponden. Poco después de la Revolución Rusa, algunas fábricas se organizaron según el sistema comunal. En ellas, desde los administradores hasta los porteros mancomunaban sus salarios, con el fin de que todos recibieran asignaciones iguales. El resultado fue una acumulación de absentismo por parte de los empleados que anteriormente estaban mejor pagados y la amenaza de un derrumbe en la producción industrial. No fue sino después de regresar al viejo sistema de salarios desiguales, cuando la producción recuperó su ritmo anterior.

Tal como vimos que sucede con las fallas en el proceso de producción, los fracasos en la distribución no implican necesariamente un colapso económico total. Las sociedades pueden existir —y en la mayoría de los casos existen de hecho—, a pesar de serias distorsiones en sus esfuerzos productivos y distributivos. Sólo en raras excepciones, entre las que se encuentran los ejemplos anteriores, interfiere activamente la distribución con la capacidad real que tiene una sociedad para cimentar los pilares de su producción. Una solución inadecuada del problema

de la distribución se manifiesta con mayor frecuencia bajo la forma de intranquilidad social y política o inclusive por medio de revoluciones.

Este también es, sin embargo, un aspecto del problema económico global. Porque si la sociedad quiere asegurarse una fuente de renovación material perdurable, tendrá que repartir su producción de tal manera que no sólo mantenga la capacidad de trabajo, sino la buena disposición de la gente para seguir trabajando. Y así encontramos de nuevo que el enfoque de la investigación económica se dirige hacia el estudio de las instituciones humanas. Ahora ya podemos ver que una sociedad económicamente viable es aquella que no solamente es capaz de superar las limitaciones de la naturaleza, sino que además puede refrenar y controlar la intransigencia de la naturaleza humana.

### LAS TRES SOLUCIONES DEL PROBLEMA ECONÓMICO

Es así como para el economista, la sociedad presenta un aspecto poco común. Él la ve, esencialmente, como un elaborado mecanismo para la supervivencia, un mecanismo destinado a realizar las complicadas tareas de la producción y de la distribución que son necesarias para la continuidad social.

Pero el economista ve también algo más que a primera vista resulta bastante sorprendente. Al examinar no sólo la diversidad de las sociedades contemporáneas, sino dando además una rápida ojeada a toda la historia; el economista descubre que el hombre no ha podido resolver con éxito los problemas de la producción y de la distribución sino a través de tres caminos. Esto es, dentro de la enorme diversidad de las instituciones sociales actuales que dirigen y moldean el proceso económico, el economista conjetura que hay sólo tres *tipos* culminantes de sistemas, los cuales, ya sea por separado o combinados entre sí, permiten a la humanidad resolver su desafío económico. Estos tres grandes sistemas típicos pueden denominarse: economías regidas por la tradición, economías regidas por el mando y economías de mercado.

Veamos brevemente cuáles son las características de cada una de ellas.

#### La tradición

Tal vez la manera más antigua de hacer frente al desafío económico y hasta hace pocos años la que indudablemente gozaba de una aceptación más general, ha sido la tradición. Ésta fue una modalidad de la organización social en la cual, tanto la producción como la distribución estaban basadas en procedimientos que se planearon en el pasado remoto, se consolidaron como resultado de un largo proceso histórico de ensayos y errores y

se mantuvieron mediante fuertes sanciones de la ley, de la costumbre y de la creencia.

Las sociedades basadas en la tradición resuelven los problemas económicos con gran flexibilidad. Primero, tratan el problema de la producción —el problema de asegurar que las tareas necesarias serán ejecutadas—, transmitiendo el oficio de padres a hijos. Así, una cadena hereditaria garantiza que las habilidades pasarán de uno a otro y que los oficios se sucederán de una generación a otra. Adam Smith, el primero de los grandes economistas, escribió que en el antiguo Egipto “todo ser humano estaba obligado por razones religiosas, a seguir la ocupación de sus padres, y cualquier cambio de ocupación se consideraba como el más abominable sacrilegio”.<sup>2</sup> Y no sólo en la Antigüedad la tradición preservó un ordenamiento productivo dentro de la sociedad. En nuestra propia cultura occidental, hasta los siglos xv y xvi, la asignación hereditaria de las tareas constituía también la principal fuerza estabilizadora dentro de la sociedad. Aun cuando había algún intercambio entre el campo y la ciudad y de una ocupación a otra, el nacimiento determinaba generalmente el papel que cada quien desempeñaría en la vida. Uno nacía destinado para la tierra o para el comercio y ya fuese en la tierra o dentro del comercio, uno seguía las huellas de sus antepasados.

Así, la tradición era la fuerza estabilizadora e impulsora que actuaba detrás de un gran ciclo recurrente de la sociedad, asegurando que el trabajo de la sociedad se ejecutaría cada día de un modo muy parecido a como se había hecho en el pasado. Aún en la actualidad, entre las naciones menos industrializadas del mundo, la tradición desempeña este inmenso papel organizador. Al menos hasta hace poco tiempo, en la India uno nacía dentro de una casta que tenía su propia ocupación. “Mejor es el trabajo hecho por ti mismo, aunque no sea perfecto”, se predicó en el Bhagavad-Gita, el gran poema filosófico y moral de la India, “que hacer el trabajo de otro, aunque resulte excelente”.

La tradición no sólo proporciona una solución para el problema de producción de la sociedad, sino que también regula el problema de la distribución. Tómese, por ejemplo, el caso de los bosquimanos del desierto de Kalahari en el África del Sur, cuya subsistencia depende de sus hazañas en la caza. Elizabeth Marshall Thomas, sensible observadora de estos pueblos, relata la forma en que la tradición resuelve el problema de distribuir el producto de la cacería.

La gacela había desaparecido... Gai poseía dos patas traseras y una delantera. Tsetchwe tenía carne del lomo, Ukwane tenía la otra pata

<sup>2</sup> *La riqueza de las naciones* (México, F. de C. E., 1958), p. 61.

delantera, su esposa tenía una de las patas y el estómago, los muchachos tenían trozos de intestino. Twikwe había recibido la cabeza y Dasina la ubre. Cuando se observa a los cazadores nómadas dividir la cacería, tiene uno la impresión de que la distribución es muy desigual, pero éste es el sistema que emplean y a la larga, nadie come más que los demás. Ese día, Ukwane le dio a Gai otro pedazo porque era su pariente; Gai le dio carne a Dasina porque ella era la madre de su esposa... Por supuesto, nadie discutió la copiosa porción de Gai, puesto que éste había cazado el animal y según sus leyes le correspondía un tanto así. Nadie dudaba de que Gai compartiría con otros su cuantioso botín y naturalmente no se equivocaban: esto fue lo que hizo.<sup>3</sup>

El modo como la tradición divide un producto social puede llegar a ser, como hemos visto en la ilustración, muy sutil e ingenioso. También puede ser muy tosco y rudo, si se juzga según nuestras normas. Con frecuencia la tradición ha asignado a las mujeres —en las sociedades no industrializadas— la porción más raquílica del producto social. Pero independientemente de que la tradición difiera de nuestras opiniones morales habituales o esté de acuerdo con ellas, debemos comprender que ella constituye un método viable para dividir la producción de la sociedad.

Las soluciones tradicionales a los problemas económicos de producción y distribución se encuentran más frecuentemente en sociedades agrícolas primitivas o sociedades no industrializadas, en las cuales, además de llenar una función económica, la aceptación indiscutible del pasado proporciona la perseverancia y tolerancia necesarias para hacer frente a destinos adversos. Aun dentro de nuestra propia sociedad, la tradición continúa desempeñando un papel en la resolución del problema económico. Su papel en la determinación de la distribución de nuestra propia producción social, es pequeñísimo, aun cuando la persistencia de ese tipo de pagos tradicionales —tales como propinas a los mozos, asignaciones a menores o bonificaciones basadas en la duración de los servicios prestados— son todos ellos vestigios de viejos sistemas tradicionales para distribuir los bienes, como también lo es el pago diferencial que se hace a hombres y mujeres aun cuando ambos ejecuten trabajos iguales.

Es más importante el lugar que la tradición continúa ocupando, aun en los Estados Unidos, como medio para resolver el problema de la producción en el aspecto de la asignación de las labores que cada quien debe ejecutar. Gran parte del proceso que se sigue empleando actualmente en nuestra sociedad para la selección de personal, está decisivamente influido por la tradición. Todos conocemos familias en las que los hijos con-

<sup>3</sup> *The Harmless People* (Nueva York, Alfred A. Knopf, Inc., 1959), pp. 49-50.



tinúan el trabajo de sus padres dentro de una determinada profesión o negocio. En una escala un poco mayor, la tradición nos hace también alejarnos de ciertos empleos. Por ejemplo, los hijos de familias estadounidenses de clase media generalmente rehuyen los trabajos en fábricas, aun cuando en ellos pueden obtener mejor salario que en los trabajos de oficina, sólo porque el empleo en un taller no es tradicional dentro de la clase media.

Inclusive en nuestra sociedad —que evidentemente no es “tradicionalista”— la costumbre constituye un mecanismo importante en la solución del problema económico. Pero ahora debemos señalar una consecuencia muy importante del mecanismo de tradición. *La solución que da a la producción y a la distribución es estática.* Una sociedad que sigue el camino de la tradición para regular sus asuntos económicos, sacrifica en cambio sus posibilidades de una evolución rápida y en gran escala, en sus aspectos social y económico.

Así, la economía de una tribu beduina o de una aldea de Burma, presenta hoy en día muy pocos cambios esenciales en relación con lo que era hace cien años o, inclusive, hace mil años. La mayor parte de los pueblos que viven en sociedades sujetas a la tradición, repiten en las normas diarias de su vida económica muchas de las rutinas que las caracterizaban en el pasado remoto. Estas sociedades pueden crecer y derrumbarse, remontarse y declinar, pero son los acontecimientos externos —la guerra, el clima, aventuras y desventuras políticas— los que determinan sus cambios de situación. El cambio económico interno, generado en el seno mismo de la comunidad, no es más que un factor insignificante en la historia de la mayoría de los estados sujetos a la tradición. La tradición resuelve el problema económico, pero a expensas del progreso económico.

### El mando

La segunda manera de resolver el problema económico ostenta también antigua prosapia. Este es el método de la autoridad impuesta; del mando económico. No es tanto una solución basada en la perpetuación de un sistema viable a través de la repetición inalterable de sus modos habituales de obrar, sino que se basa en la organización de un sistema según las órdenes emitidas por un caudillo económico.

Con cierta frecuencia encontramos el método autoritario de control económico superpuesto sobre una sociedad tradicional que le sirve de base. Así, los faraones de Egipto ejercían su mandato económico por encima del ciclo inmemorial de prácticas agrícolas tradicionales en las que se apoyaba la economía egipcia. Mediante sus órdenes, los supremos gobernantes de

Egipto cristalizaron el enorme esfuerzo económico que fue necesario para construir las pirámides, los templos, las carreteras. El gran historiador griego Heródoto nos relata la forma en la que el faraón Keops organizó las obras:

Ordenó a todos los egipcios que trabajasen para él. De acuerdo con esto, algunos eran designados para arrastrar piedras desde las canteras situadas en las montañas arábicas hasta el Nilo; a otros les ordenó recibir las piedras que transportaban en barcos por el río... Y trabajaban hasta cien mil hombres al mismo tiempo; cada grupo, durante tres meses. El período durante el cual la gente era obligada de esta manera a realizar la fatigosa labor, era de diez años en la carretera que construían y durante ese tiempo arrastraban las piedras; un trabajo, a mi juicio, no mucho menor que el de la Pirámide.<sup>4</sup>

El método autoritario de organización económica de ninguna manera se limitó a Egipto. Lo encontramos en los despotismos de la China medieval y clásica, que produjeron entre otras cosas, la colosal obra de la Gran Muralla, o en la labor que ejecutaron los esclavos para construir gran parte de las grandiosas obras públicas de la antigua Roma. Por supuesto, lo encontramos hoy en día en los mandatos de las autoridades económicas del comunismo. En forma menos drástica lo encontramos también en nuestra propia sociedad; por ejemplo, en forma de *impuestos*, es decir, en la apropiación de una parte de nuestro ingreso que realizan las autoridades nacionales para fines públicos.

El mando económico, igual que el sistema tradicional, ofrece soluciones a los problemas gemelos de la producción y la distribución. En épocas de crisis tales como cuando hay guerra o hambre, éste puede ser para la sociedad el único sistema efectivo para organizar su esfuerzo humano o distribuir sus bienes. Aun en los Estados Unidos declaramos a menudo la ley marcial cuando alguna porción del territorio ha sido devastada por un cataclismo natural importante. En tales ocasiones podemos obligar a la gente a colaborar, requisar hogares, imponer restricciones al uso de objetos de propiedad privada tales como automóviles, o inclusive racionar la cantidad de alimentos que cada familia puede consumir.

Independientemente de su evidente eficacia para enfrentarse a los momentos apremiantes, el mando tiene una utilidad adicional en la solución del problema económico. A diferencia de la tradición, el ejercicio del mando no causa —como efecto intrínseco— un retardo en la evolución económica. Sin duda, el ejercicio de la autoridad es el instrumento más poderoso con que la sociedad cuenta para *reforzar su transformación económica*. Por supuesto, un ejemplo de esto es el cambio radical en los

<sup>4</sup> *Histories*, Trad. por Cary (Londres, 1901), Libro II, p. 124.

sistemas de producción y distribución que se ha logrado a base de autoridad en la China moderna o en Rusia. Pero de nuevo, también en nuestra sociedad, es necesaria a veces la intervención de la autoridad económica en el curso normal de la vida económica, para acelerar o provocar los cambios. Por ejemplo, el gobierno puede utilizar sus ingresos fiscales para trazar una red de carreteras que incorpore alguna comunidad estancada al flujo activo de la vida económica. Puede emprender la construcción de un sistema de regadío que cambiará radicalmente la vida económica de una vasta región. También puede influir considerablemente en la distribución de los ingresos entre las distintas clases sociales.

Sin duda, la autoridad económica que se ejerce dentro del marco de un proceso político democrático es muy diferente de la que se lleva a cabo por métodos de mano de hierro. Hay una inmensa distancia social entre un sistema tributario controlado por el Congreso y una descarada expropiación o una incautación del trabajo humano por parte de un gobernante supremo e indiscutible. Pero aun cuando los medios sean mucho más moderados, el *mecanismo* es el mismo. En ambos casos el poder desvía el esfuerzo económico hacia metas elegidas por una autoridad superior. En ambos casos interfiere con el orden existente en la producción y distribución para crear un nuevo orden prescrito desde "arriba".

En sí, esto no entraña ni un elogio ni una censura al ejercicio del mando. El nuevo orden impuesto por las autoridades puede disgustar o halagar nuestro sentido de justicia social, del mismo modo que puede mejorar o empeorar la eficiencia económica de la sociedad. Está claro que el mando puede ser un instrumento tanto de la voluntad democrática como de la totalitaria. No hay un juicio moral implícito que pueda formarse en este momento acerca de los grandes mecanismos de control económico. Antes bien, es importante señalar que ninguna sociedad —desde luego ninguna sociedad moderna— carece de elementos de mando, así como que ninguna está desprovista de la influencia de la tradición. Si la tradición constituye el gran impedimento para la transformación económica y social, también el mando económico puede ser el gran estímulo para dicho cambio. Como mecanismos para asegurar la solución venturosa del problema económico, ambos logran sus propósitos, ambos tienen sus ventajas y sus inconvenientes. En conjunto —la tradición y el mando— son responsables en gran parte de la larga historia de los esfuerzos económicos que el hombre ha realizado con el fin de enfrentarse a su ambiente y a sí mismo. El hecho de que la sociedad *ha* sobrevivido es el testimonio de su efectividad.

### El mercado

Existe también una tercera solución del problema económico, es decir, una tercera solución al problema de mantener formas de producción y distribución socialmente satisfactorias. Ésta es la *organización de la sociedad a base del mercado*, organización que, de modo verdaderamente notable, permite a la sociedad garantizar su propio abastecimiento con una cantidad de recursos mínima en comparación con los empleados por la tradición o el mando.

Debido a que vivimos en una sociedad organizada según el sistema de mercado, tenemos la propensión a dar por sabida la complicada naturaleza —casi paradójica por cierto— de la solución que el mercado constituye para el problema económico. Pero, imaginemos por un momento que pudiéramos actuar como consejeros económicos de una sociedad que aún no hubiese elegido su sistema de organización económica. Supongamos, por ejemplo, que hemos sido llamados para servir de asesores a una de las nuevas naciones que emergen en el Continente africano.

Podríamos imaginar a los dirigentes de una nación de este tipo diciendo: "La experiencia que nosotros siempre hemos tenido es la de un sistema de vida altamente apegada a la tradición. Nuestros hombres cazan, cultivan los campos y realizan sus tareas del modo como se les ha inculcado con la fuerza del ejemplo y la enseñanza de sus mayores. También sabemos algo de lo que puede lograrse a través del mando en economía. Si es necesario estamos preparados para firmar un decreto por el cual se obligue a una buena parte de nuestros hombres a trabajar en proyectos públicos destinados al desarrollo de nuestra nación. Díganos, ¿hay algún otro método que pudiéramos emplear para organizar nuestra sociedad de tal modo que ésta funcione con éxito, o mejor aún, con un éxito todavía mayor?"

Vamos a suponer que contestamos: "Sí, hay otra manera. Organicen su sociedad siguiendo los lineamientos de una economía de mercado."

"Muy bien", contestan los dirigentes. "¿Qué le decimos entonces a la gente que haga? ¿Cómo la asignamos a las diferentes labores?"

"Ésa es la clave del asunto" responderíamos. "En una economía de mercado no se le asigna a nadie una tarea determinada. La esencia misma de una sociedad de mercado es que se permite que cada persona decida por sí misma lo que va a hacer."

Los jefes se muestran consternados "¿Quiere usted decir que *no* se asignan algunos hombres a la minería y otros a la ganadería? ¿No hay manera de seleccionar algunos para el transporte y otros para la confección de ropa? ¿Ustedes dejan que la gente decida por ella misma? Pero, ¿qué sucede si ellos no deciden

correctamente? ¿qué ocurre si no hay nadie que quiera ir a las minas, o si nadie se ofrece como ingeniero de ferrocarriles?"

"Pueden ustedes quedarse tranquilos", decimos a los dirigentes; "nada de eso ocurrirá. En una sociedad de mercado todos los empleos estarán cubiertos porque la gente verá la conveniencia de ocuparlos."

Nuestros interlocutores escuchan esto último con expresiones de incredulidad. Finalmente uno de ellos dice: "Ahora veamos. Vamos a suponer que seguimos su consejo y que dejamos a nuestra gente hacer lo que le parezca. Ahora vamos a hablar de un asunto importante, como la producción de ropa. Díganos solamente ¿cómo fijamos el nivel conveniente para la producción de ropa en esa sociedad de mercado de que habla?"

"Ustedes no lo fijan", contestamos.

"¡No lo fijamos! Entonces ¿cómo sabemos que se producirá suficiente ropa?"

"La habrá", le decimos. "El mercado se encargará de eso."

"Entonces ¿cómo sabemos que no habrá una producción *excesiva* de ropa?", pregunta en tono triunfal.

"¡Ah, pues el mercado se encargará también de eso!"

"Pero ¿qué es este mercado que realizará todas estas maravillas?, ¿quién lo dirige?"

"Nadie dirige el mercado", contestamos. "Se maneja él solo. De hecho la palabra 'mercado' no designa *cosa* alguna. Es sólo una palabra que usamos para describir el modo como la gente se comporta."

"Pero yo pensé que la gente se comportaba según sus propios deseos."

"Y eso hacen", decimos. "Pero no hay nada que temer. Ellos querrán comportarse tal como ustedes quieren que ellos se comporten."

"Me temo", dice el jefe de la delegación "que estamos perdiendo nuestro tiempo. Nosotros pensábamos que usted tenía en mente una proposición seria. Pero lo que usted sugiere es una locura. Es inconcebible. Buenos días, señor". Y con gran dignidad la delegación se marcha.

¿Podríamos sugerir seriamente a semejante nación incipiente que confiara la solución del problema económico al sistema del mercado? Este es un problema sobre el cual insistiremos más adelante. Pero la simple perplejidad que la idea de mercado crearía en la mente de alguien no familiarizado con ella, puede servir para aumentar nuestro propio asombro ante este mecanismo económico que resulta el más refinado e interesante de todos. ¿De qué manera nuestro sistema de mercado nos *garantiza* que nuestras minas encontrarán mineros y nuestras fábricas, obreros? ¿Cómo se ocupa de la producción de ropa? ¿Cómo se produce el fenómeno de que, en una nación manejada por el

mercado, cada persona pueda proceder realmente como quiera y al mismo tiempo llenar las necesidades que la sociedad presenta en su conjunto?

### *La economía y el sistema de mercado*

La economía —tal como la concebimos corrientemente, y tal como la estudiaremos en gran parte de este libro— tiene por objeto principal precisamente el enfoque de estos problemas. Las sociedades que se basan fundamentalmente en la tradición para resolver sus problemas económicos, encierran menos interés para el economista profesional que para el antropólogo de la cultura o el sociólogo. Las sociedades que resuelven sus problemas económicos valiéndose principalmente del ejercicio del mando, plantean interesantes cuestiones económicas; pero en ellas el estudio de la economía está necesariamente subordinado al estudio de la política y del ejercicio del poder.

Es aquella sociedad que soluciona sus problemas económicos por medio del proceso del mercado, la que presenta un aspecto particularmente interesante para el economista. Porque, como veremos, en estas sociedades la economía desempeña verdaderamente un papel único. A diferencia de lo que ocurre en el caso de la tradición y el mando —en los que rápidamente comprendemos la naturaleza del mecanismo económico de la sociedad— cuando tratamos de analizar una sociedad de mercado, nos encontramos perdidos si carecemos de conocimientos económicos. Porque en una sociedad de mercado, el hecho de que los problemas de producción y distribución tengan que resolverse mediante el libre intercambio de los individuos, sin la ayuda de pautas dictadas por la tradición o el mando, no resulta de ninguna manera evidente.

En los capítulos subsiguientes de este libro, analizaremos estas complicadas cuestiones más detalladamente. Pero figura antes un problema que seguramente se le ha ocurrido al lector. Como nuestra hipotética entrevista con los jefes de una nación emergente debe haberlo sugerido, la solución que integra el mercado resulta muy extraña para alguien que ha sido educado dentro de los sistemas de tradición y mando. De aquí surge la pregunta: ¿Cómo se desarrolló la solución mercado en sí? ¿Fue, acaso, impuesta de golpe a nuestra sociedad en épocas pretéritas? o ¿surgió espontáneamente y sin premeditación? Estas son las preguntas que tenemos que enfocar para comenzar nuestro repaso de la evolución que sufrió nuestro propio sistema de mercado a partir de las sociedades del pasado regidas por la tradición y el mando.

## II. LA ECONOMÍA ANTERIOR AL SISTEMA DE MERCADO

"NADIE ha visto todavía que los perros cambien de una manera deliberada y equitativa un hueso por otro", escribió Adam Smith en *La riqueza de las naciones*. "Nadie ha visto tampoco que un animal dé a entender a otro, con sus ademanes o expresiones guturales, esto es mío, o tuyo, o estoy dispuesto a cambiarlo por aquello."<sup>1</sup> Smith escribía acerca de "una cierta propensión en la naturaleza humana...; la propensión a permutar, cambiar y negociar: una cosa por otra". El hecho de que tal propensión exista como característica universal de la humanidad es, tal vez, menos probable de lo que creía Smith, pero desde luego no se equivocaba al presentar el acto de cambiar como el eje central de su esquema de la vida económica. Porque no cabe duda de que el cambio —compra y venta— está situado en el corazón mismo de una sociedad mercantilista como la que él describía. Y así, ya que ahora empezamos a estudiar el nacimiento de una sociedad de mercado, ¿qué podría ser más natural que comenzar por rastrear la genealogía de los mercados mismos?

✓ Tal vez nos cause sorpresa descubrir cuán antigua es esa genealogía. Los hombres han negociado mutuamente cuando menos desde las postrimerías de la Era Glacial. Tenemos pruebas de que los cazadores de mamut de las estepas rusas obtenían conchas mediterráneas en trueque, como también lo hacían los cazadores cromañón de los valles centrales de Francia. De hecho, en los pantanos de la Pomerania, al noreste de Alemania, los arqueólogos han encontrado una caja de roble que contenía los restos de la correa de cuero original que servía para llevarla al hombro y además un puñal, la parte superior de una hoz y una aguja, manufacturados todos en la Edad de Bronce. De acuerdo con las conjeturas de los expertos, éste era muy posiblemente el muestrario de un prototipo del agente viajero: un representante ambulante que recogía pedidos de los productos característicos de su comunidad.<sup>2</sup>

Y a medida que avanzamos desde los albores de la civilización hasta las primeras sociedades organizadas, se multiplican rápidamente las pruebas de comercio y de mercados. Como ha escrito Miriam Beard:

Milenios antes de que Homero cantase o de que la loba amaman-tase a Rómulo y a Remo, los diligentes comerciantes de Uruk y Nipur... se afanaba en los negocios. Atidum, el comerciante, al necesi-

<sup>1</sup> Smith, *op. cit.*, p. 16.

<sup>2</sup> *Cambridge Economic History of Europe* (Londres: Cambridge University Press, 1952), II, p. 4.

tar ampliar sus oficinas concertaba el alquiler de un local conveniente —propiedad de Ribatum, sacerdotisa de Shamash— por uno y un sexto ciclos de plata anuales al contado y el resto en cómodos plazos. Abu-wakar, el rico naviero, estaba encantado de que su hija se hubiese convertido en la sacerdotisa de Shamash y de que pudiese abrir una oficina de bienes raíces cerca del templo. Ilabras escribía a Ibi: "¡Que Shamash y Marduk te protejan! Como tú sabes, había extendido un pagaré por una esclava. Ahora ha llegado el momento de pagar."<sup>3</sup>

× Así, a primera vista parece que podemos descubrir pruebas de una sociedad de mercado desde muy atrás. Pero estos desconcertantes signos de modernismo deben ser interpretados con cautela. Si los mercados —la compra y venta—, e inclusive entidades comerciales altamente organizadas, eran rasgos casi omnipresentes de la sociedad antigua, éstos no deben nunca confundirse con la presencia igualmente ubicua de una *sociedad de mercado*.

✓ El comercio existió como un importante auxiliar de la sociedad desde las épocas más remotas, pero los impulsos fundamentales para producir o la asignación básica de los recursos hacia los diferentes usos o la distribución de bienes entre las clases sociales, estaban en gran parte separados del proceso de mercado. Es decir, *los mercados de la Antigüedad no eran los medios de que se valían esas sociedades para resolver sus problemas económicos básicos*. Quedaban fuera del gran proceso de producción y distribución en lugar de estar integrados a él; estaban "por encima" de la decisiva maquinaria económica en lugar de estar dentro de ella. Como veremos, entre el engañoso aspecto contemporáneo que tenían muchos mercados del pasado remoto y la realidad de nuestra economía de mercado contemporánea, media una inmensa distancia que la sociedad tardaría muchos siglos en recorrer.

### LA ORGANIZACIÓN ECONÓMICA DE LA ANTIGÜEDAD

Nosotros mismos debemos atravesar esa distancia si queremos entender la forma como surgió la sociedad de mercado contemporánea y desde luego, si queremos comprender lo que es. Porque solamente sumergiéndonos en las sociedades del pasado, sólo viendo cómo, de hecho, resolvían sus problemas económicos, podemos empezar a ver claramente lo que implica la evolución de la sociedad de mercado que constituye nuestro propio ambiente.

No hace falta mencionar que para nosotros —en nuestro pa-

<sup>3</sup> *A History of the Business Man* (Nueva York: The Macmillan Company, 1938), p. 12.